

Homero Bascuñán (1)

El solitario del portezuelo



El Meico Moro vivía en un pequeño rancho que él mismo había construido con dolmatas, cañas y totora. Afuera, apegado a la quincha, hacia el lado del cerro, tenía un pequeño gallinero que cuidaba Mandinga, un perro viejo y cegatón que dormitaba todo el día como si estuviera enfermo, y sólo en la noche, cuando ya Satanás tornaba, por los aires, a su remoto báratro, parecía resucitar para teñir de contornos agoreros la silueta solitaria del pequeño rancho, con su aterrado gañido, al ver alzarse en un incendio de enloquecidas alas al Rey maldito de las Sombras... Y de Las Ñipas, como ecos miedosos, y ciegos estrellándose en la noche, los perros de la majada sumaban sus ladridos lamentosos infundiendo temor a los arrieros, que la noche había alcanzado a la altura de El Culén.

Los mineros atribuían estos coros llorosos de los perros, a supuestas relaciones de El Meico Moro con Lucifer. Nadie tenía pruebas concretas, pero todos estaban tácitamente, de acuer-

(1) Nació en Tamaya (Coquimbo) en 1901. Ha colaborado en diarios y revistas, nacionales y extranjeras, sin publicar, hasta la fecha, sus numerosas obras inéditas.

do en afirmarlo. Por otra parte, nada sabían de este hombre singular; nadie conocía su origen ni en los alrededores había el más mínimo indicio de su ascendencia. Su nombre era un misterio; por eso le apodaban El Meico Moro, aunque nadie se atrevía a decírselo. En el lugar era poco menos que un aparecido, porque su llegada a las minas nadie podía precisarla. Quién sabe si siempre estuvo entre los mineros; pero ellos solamente después, cuando empezó a hacer curaciones sorprendentes, pudieron darse cuenta de que él existía.

Algunos decían que tenía un lejano parentesco con una bruja de Tamaya, de edad indefinible, famosa por sus cabras negras y por haber enriquecido a don José Tomás de Urmeneta y, además, por el punible ejercicio de su hechicería que tantas víctimas había causado, siendo la más reciente Pancho Loco a quien había injertado demonios en el cuerpo...

—Pa mí qu'es brujo este meico. Tiene que tener sus *enredos* con El Malo, no más—decía Don Rocha, *capitán* de labores de la mina, apoyándose en la maritata, al pie del desmonte azulajo, rodeado de los mineros ocupados en los pallacos. Yo recuerdo que hace tiempo, una noche que venía de Los Patos, de donde Las Pereguas, al enfrentar Las Ñipas, los perros comenzaron aullar qu'era un contento. Seguramente El Matoco ya había dado su vuelta por la majada y volaba por el lado del Calicanto o del Murciégalo, hacia la punta del cerro, pa ir a echarle un vistazo al encanto de Tamaya...

—¿Y usted cree en eso, Don Rocha?—alguien le pregunta.

—¡Baah, que no! ¿Que no le han oído contar a los costinos lo que han visto los marineros, desde Tongoy? Fíjense que pal día de San Lorenzo...

—¿San Lorenzo «barbas de oro», el patrón de los mineros?

—El mismo, Don Cayeta, y no sea entruso. Como les iba platicando, el día de San Lorenzo, a la media noche, cuando el cielo está despejado, desde el mar ven el cerro todito iluminado en la parte de arriba, más o menos a la altura de la Refinadora,

pa ese lado donde está la piedra imán, divisan una cancha de bolas y en el medio, al pie de un naranjo cargado de naranjas de oro, sentada en un trono de perlas y diamantes, una princesa más linda que una Virgen...

—¡No diga, Don Rocha, ño!—le interrumpe un apir que ha estado escuchando con atención.

—Lo que les digo. ¡Por esta luz que me alumbra, que es cierto! Y hacia el otro lado de la cancha que les digo, como yendo pa Campani, ven un toro negro, furioso, escarbando y echándose tierra en el lomo...

—¡Por Diosito!—exclama el malacatero, un muchachito de apenas diez años, descalzo y tirillento, mirando hacia la cumbre del cerro.

—Ese toro—prosigue Don Rocha—es el gigante que está al cuidado del encanto. Por eso es que el Diablo viene todas las noches a dar vueltas por aquí, y los perros lloran cuando lo ven y quieren meterse adentro de los cuartos.

Don Rocha saca su bolsa tabaquera, y mientras lía un cigarrillo sigue dando a conocer algunos aspectos de la vida misteriosa de El Meico Moro. Los mineros le escuchan un tanto sobresaltados. Finalmente vuelve a tomar el hilo de la conversación.

—Bueno; ustedes me habían hecho irme «pal lao de los quesos»... Resulta que una noche que venía de Los Patos, a esa hora en que las ánimas se recogen, los perros se pusieron a llorar como yo nunca los había oído. Me dió su pocón de recelo, pa qué lo voy a negar. Cuando entonces, del medio de unas matas de alcaparra, salió el Carbunco...

—¡Aaah!...

—... Y cruzó pal lado del Portezuelo. Yo me retaqué al principio, harto asustado; pero luego me repuse y lo seguí pa ver si lo pillaba. Ustedes saben que el Carbunco es un animalito que tiene el cuerpo de oro, pero qu'es muy difícil de pillar porque en cuanto siente algo, se esconde adentro de la concha.

Chupa su cigarrillo y expelle el humo con delectación, mientras observa a los mineros. Tenía intención de seguirlo toda la noche, hasta que aclarara, y entonces pa qué les digo: ya sólo sería cuestión de agarrarlo y... ¡Adiós, Tamaya! A Ovalle o a la Serena se ha dicho, a descansar pa toda la vida. Pero no fué así. El bicho arrancó pal lado del Portezuelo y, ¡claro!, allá estaba hecho una furia el maldito perro del Meico. ¡Y quié se iba atracar!

—¡Ciertito! A menos que se conozca *el arte* o que uno tenga pacto con el Uñas Verdes... —afirma el botero.

—¡Y usted nunca ha visto al Matoco, Don Rocha?—le interroga un mocetón.

—¡Yo?—dice Don Rocha, mirando a su interlocutor. ¡Claro que lo he visto!... en la mina, una vez. En la mina Dichosa. Pero yo vine a darme cuenta después, cuando ya se había ido, cuando el olor a azufre comenzó a picarme en las narices... y cuando de entremedio de la neblina salió una bandada de murciélagos que pasó rozándome la piojera. Pero no vale la pena hablar d'eso. En cambio les voy a contar lo que le pasó con el Condenao a un barretero del Chaleco, pa una noche de San Juan.

El viejo *capitán* chupa su cigarrillo, sacude la ceniza, mira a los hombres, eructa y sigue su charla.

—Resulta que hace muchos años, pa la fiesta de San Juan, bajó del Chaleco un minero a *saludar* a un compadre que tenía en El Culén. Traía su guitarra, porque el hombre *las* meniaba y era harto respetado pal instrumento. Cuando ya venía más abajo de la Placilla de San José, se topó con un desconocido. Y se saludaron: «¡Pal bajo, amigo?» «Sí», le contestó el otro. «Voy a saludar a un compadre que tengo en El Culén». «Aficionado a la guitarra también, ah?» «Sí; también toco mi poco. Hago lo que puedo no má». Allí se estuvieron un rato platicando; se fumaron su cigarro y le echaron su pelá a *las viudas*, que por ese tiempo hacían su agosto en las minas. El desconocido le pidió el instrumento al minero y se puso a tocar qu'era una maravilla. Nunca el otro había oído nada parecido. El gallo que les

cuento tocaba por los «veinticuatro términos»... Después se convidaron y se fueron pa la fiesta. Por el camino se fueron agarrando añañucas, lirios del cerro y azulillos hasta que hicieron un ramo grande, que le llevaron al santo que iban a saludar.

—¿Y el desconocido ése, era el Matoco?

—«No te apurís, Pedro Lobo»... —ataja Don Rocha, sonriendo y poniendo su mano abierta sobre el pecho del apir intrigado. En la fiesta, el desconocido lueguito se hizo de amistades. Tenía que ser así no más, porque el gallito, como ya les he dicho, hacía *bablar* la guitarra. Bueno, sería cuestión de la medianoche cuando el desconocido le dijo a a su amigo que tenía que irse. «Renunca, pues», le dijo el otro. «Cómo se le ocurre dejarnos con el gusto adentro»... Y se pusieron a discutir. Al fin el desconocido se salió con la d'él; partieron pa juera y se las envelaron por el camino que habían venido. Después de un trecho se pararon. «Hast aquí no más, mi amigo. Despidasloó, y váyase tranquilo a tomar con sus amitades», le dijo el desconocido. El otro, como estaba con sus copas, quería acompañarlo hasta la casa; pero el desconocido lo convenció al fin de que no hiciera tal cosa. Entonces se dieron la mano y se dijeron adiós. «He tenido un gustazo grande en conocerlo. Aquí tiene un amigo pa que lo mande, aquí y en cualquier parte», dijo el minero y lo abrazó. El otro le agradeció la prueba de amistá que le daba y le dijo que él también era su amigo, que había tenido mucho gusto en conocerlo y que se juera tranquilo. Pero le reconvino, una y otra vez, que pasara lo que pasara y que oyera lo que oyera, no mirara nunca p'atrás hasta que no llegara a la casa de su compadre.

El viejo Don Rocha carraspea, escupe con fuerza, se atusa el bigote, deshace con el pie un esputo que, en la tierra, brilla al sol, se acaricia la barba y continúa:

—El desconocido se perdió en la oscuridá, y el minero las enveló de vuelta. No muy lejo estaba la casa; se veía la luz en la ventana y se oía una cueca más apretá que no habiendo... Cuan-

do de repente los perros comenzaron aullar como locos. El curado arriscó la oreja, quiso pararse, pero siguió tranqueando porque le dió miedo, y luego no más empezó a correrle una cosa heladita por el espinazo... Mientras tanto, los perros seguían aullando a más y mejor. Entonces el curado pensó: «Esta no es conmigo; aquí hay más de algo; a mí no me la juegan», y miró p'atrás. ¡Renunca lo hubiera hecho! ¡Figúrense ustedes lo que vió!... —Y el viejo Don Rocha abre los ojos espantado, mira en derredor y hace la señal de la cruz. ¡Dios me libre de una cosa igual! Figúrense ustedes que el pobre minero, cuando se dió vuelta y miró en la oscuridá, vió que por los aires iba subiendo hacia arriba una bola de juego más grande que siete soles juntos...

Los mineros miran al viejo con temor, y más de a alguno piensa que el tal minero de la visión no era otro que él, Don Rocha, pero luego las palabras del viejo desmienten tal presunción.

—El hombre dió un grito, ¡pero qué grito! Si jué balido más que otra cosa. La gente l'oyó, y apesar de qu'estaban harto entonados salieron a verlo. Y allí cerca lo hallaron echando espumarajos por la boca. Y desde entonces el hombre quedó como demente y cada vez que oía aullar los perros, daba unos gritos de asustado y empezaba a caérsele la baba lo mesmo que a los bueyes...

* * *

Siempre que se hablaba de este misterioso hombre, con seguridad la Calchona, los brujos, los entierros, los aparecidos, lo hermético, en fin, eran los temas obligados. Lo cierto es que el hombre tenía algunos poderes ocultos, que empleaba para curar. Los numerosos enfermos que en sus manos encontraron mejoría, podían justificarlo.

Sin embargo, a veces, a la oración, cuando en Las Ñipas se oía el ladrido de los perros pastores y el balido de los chivos y ovejas que volvían rezagados a los rediles, en el Portezuelo

cerca del rancho de El Meico Moro, los fuegos fatuos, como una procesión de velas noctámbulas, desfilaban repechando silenciosos y lentos encandilando a los tristabacos cobijados en la matas de culén, hasta que desaparecían al hundirse en algún *picado* o se apagaban de cansancio entre los peñascos de la loma, después de gozar los breves instantes de su existencia y de haber expresado su plegaria ígnea frente a las estrellas de eterno refulgir...

Y era entonces cuando los mineros se agrupaban frente al caserío de la mina, al pie del pimiento de rojos racimos para comentar tan extraño suceso.

—Son los brujos que lo vienen a convidar—decían—. Ahora, él también encenderá su chonchón y se las «echará» con ellos pa la Cueva de San Julián...

Luego las luces desaparecían, y en el espacio negro del cerro, frente al rutilar misterioso de la altura, sólo el aúllo de Mandinga cabía. Esto, por otra parte, justificaba al pobre perro: su miedo; temía al Demonio. Estaba claro entonces que él no era siquiera desendiente de Cerbero o de otro animalejo de negro abolengo. Si hasta había mineros que le debían mejoría en sus males. Un pirqueinero de Llano Blanco en cierta ocasión que fué con unos amigos a bucar chaguares y guillabes al cerro, sufrió un grave accidente. Trepando por un despeñadero rodó un trecho arrastrando algunas piedras en su caída, lo que le ocasionó la desgarradura de un brazo. Sangrando lo llevaron donde El Meico Moro. Este le lavó la herida con agua de matico, le colocó una pomada que guardaba en una calabaza y le vendó cuidadosamente con una tira de tocuyo. Después, todos los días, el minero acudía a curarse.

—¡Mandinga!—llamaba el viejo curandero en cuanto el minero llegaba.

El perro, que seesteaba frente al gallinero, aguzaba el oído, titubeando entre levantarse o continuar la siesta con su hilván de cabezadas.

—¡Mandinga!—gritaba, molesto, el viejo—. ¡Achíllate, hombre!

Ya no cabía duda: le llamaban. Se levantaba, estiraba las patas, desentumecía el espinazo y se acercaba parsimoniosamente hasta su amo. Allí, junto a éste, estaba el minero con el brazo fuera del cabestrillo, desnudo, amoratado, roja, abierta la profunda herida.

—¡Lambe ahí!—ordenaba el viejo.

Mandinga se acercaba, miraba la herida y empezaba a lamer lentamente, casi con pereza, quien sabe si cariñosamente.

—Esto hace bien—explicaba el anciano—. No hay nada mejor que la lengua del perro para las heridas. Saca todo lo malo, el tajo se cierra y empieza a «llamar carne».

* * *

Así pasaba su vida el viejo solitario, con su perro y las cuatro o cinco gallinas que cuidaba aquél. No salía casi nunca, y cuando tenía necesidad de hacerlo, Mandinga quedaba al cuidado del rancho. Empero, cuando los *chinos* empezaban a prepararse para la fiesta de Andacollo, el viejo solía quebrantar su vida huraña yendo a pararse en las inmediaciones del sitio donde se hacían los ensayos, y allí parecía deleitarse con la música monótona de los pífanos y de los tambores. Los *chinos* sudorosos, danzando detrás del abanderado en medio del polvo verdoso de la cancha, que la luna plateada al fundirse en sus átomos de vagaroso vuelo, adquirían el aspecto fantástico de bronce liberados desde las vetas profundas, brincando torpemente los primeros pasos de su tránsito, sacudiéndose, alegres, una pátina de siglos. Quién sabe qué emociones producía aquello en el viejo cerril, y qué recuerdos, qué escenas lejanas de su vida se levantarían en esos instantes en su memoria, pulverulentas de olvido, y avanzarían en vuelos maravillosos sobre los años ¡quién sabe cuántos!, hasta el presente hermético del anciano,

cuyas arrugas eran como una muralla apercancada donde se estrellaba toda mueca, y donde la risa, impotente, inexpresiva, apenas se manifestaba en el lado izquierdo de la cara al moverse débilmente el bigote, como si el ojo, al estrujar un minuto feliz, hiciera rodar alborozados añicos por el pómulo rugoso.

—¡Virgen de Andacollo!

hoy día te saludamooo...

El abanderado cantaba con voz grave, avanzando a pasos lentos y en zigzag hacia el eje del malacate, donde ubicaba, mentalmente, la escena grandiosa en el templo de su Patrona, el 25 de diciembre, donde él, al frente de su *Baile*, emocionado, sudoroso, ronco de tanto repetir las estrofas sencillas de su canto, en su mente todo iba reflejándose: la Virgen, gloriosa, sobre las andas; el pórtico del templo aderezado con palmas y flores silvestres; el Chino Barrera, imponente cual un mago durante los ritos más extraños, bailando con su culero ataraceado de espejuelos y chafalonía; el brazo del obispo Jara, tremolando como si tañera las campanas de su palabra vibrante, sobre el púlpito que los fieles, apretujados entre las naves, parecen sostener sobre los hombros... Y los tambores, tocados a compás, con su sorda quejumbre tejían un fondo penoso como de pechos heridos o de gargantas en agonía. Arriba, la luna deslizándose en el cielo, ocultándose durante breve tiempo detrás de alguna nube. Hacia el poniente, trepando con la mirada por las faldas fragosas, mirando sobre la cresta esfumada, hundida en la inmensidad del infinito, coronado de estrellas de brillo incansable, el cerro adquiría imponente personalidad. No sin temor se alzaba la vista hasta su cumbre, donde podía alguna vez desaparecer la misteriosa custodia del gigante bovino y ofrecerse entonces, a la vista sorprendida de todos, la maravilla del encanto que tantos marineros habían visto desde la lejanía del mar...

* * *

Pasaba el tiempo. El viejo misántropo envejecía; su perro, también. Mandinga ya no ladraba; estaba mudo y sordo, y toda su manifestación de vida era roncar. Echado en un viejo petate, con la cabeza apoyada en el suelo y su cuerpo pachón y desnutrido moviéndose como un fuelle caído, y su nariz negra, agrietada y seca, soplando con intermitencias sobre la tierra, entorpeciendo así la faena de las hormigas en su trayecto del hormiguero hacia el interior del rancho, a través de la quincha, era toda su actividad. Un día amaneció muerto. Cuando el viejo se levantó y ya se iba a buscar chamiza para el fogón y luego preparar el mate, notó con asombro que Mandinga estaba rígido, quieta la sucia pelambre, para siempre sin aliento su cuerpo regalón. El viejo se detuvo, soltó el bramante que llevaba en la mano, abrió los ojos con espanto, quiso pronunciar el nombre de Mandinga, y no pudo. Y no supo precisar si la palabra había muerto en él o era el nombre de su perro el que se había ido con la muerte.

Avanzó torpemente hasta donde yacía el animal. Se agachó. Le acarició la cabeza con su mano sarmentosa. Tactó luego todo el cuerpo del perro, y convencido de que debajo de ese cuerpo inmóvil ya no había vida, estalló en sollozos ahogados, y dos lágrimas rodaron por entre los surcos profundos y prietos de su cara. Se sentó en el suelo, tomó como pudo al animal, haciendo un gran esfuerzo, lo puso sobre las rodillas y empezó a mecerlo como a un niño, a la vez que cantaba en tono desazonado, una canción improvisada:

—Así, m'hijo Pedro Antonio,
te hubiera querido tener
después que los cholos te mataron,
en el Campo de la Alianza...
Así te hubiera querido tener...

Al final de las estrofas, sollozaba; hacía grandes pausas; decía palabras ininteligibles; tal vez oraba. Después miraba hacia el cielo intensamente, quién sabe si buscando al hijo, arriba, para encomendarle el cuidado de Mandinga, que él presentía más allá de las nubes, desencarnado, ágil como gozquecillo blanco, alado y liviano como un ángel, ladrando al sol desde el camino azul que le llevaba hasta Dios...

Así pasó toda la mañana. Al fin, cansado ya, agotado de sufrir con el golpe recibido y de recordar a aquél que dormía en la cripta solitaria de los héroes, a la orilla del desierto, frente a Tacna, arrastró a su flaco y helado Mandinga hasta una mata de mollaca que había cerca del rancho, plagada de curuninas aletargadas como negro y erizado quintral. Cavó un hoyo que le llevó algunas horas de trabajo, y dió sepultura al compañero de su vida. Finalmente clavó una cruz de caña sobre la tierra removida y rezó conmovido un Padrenuestro, que no pudo terminar porque el sollozo fué quebrando las palabras, y temblaba entero como sacudido por violentas tercianas.

Era ya de noche cuando se alejó de aquel sitio. Entró en el rancho, se tiró sobre la vieja estera y se tapó con su poncho desteñido. Allí aconchado en las sombras de su rancho, como un niño que se hubiera quedado huérfano, lloró nuevamente su desamparo, la inesperada soledad que, como una segur, había tajado su vida con la muerte de Mandinga.

Desde el caserío de la mina se divisaba la romería de luces sonámbulas, brotando del Portezuelo y hundiéndose en las sombras como un cortejo funeral llevando un alma a costas, tal vez hacia la cumbre de Tamaya, donde bramaría, echando fuego por ojos y narices el gigante negro y poderoso encargado de la custodia del encanto...

* * *

La muerte de Mandinga rompió el ritmo de conjunto de esas vidas miserables del Portezuelo. Las alboradas llegaron sin

que el gallo giro las anunciara, pues había perecido una noche, juntamente con sus cuatro compañeras de corral, devorado por los zorros hambrientos que tenían sus guaridas en los peñascos solitarios.

El Meico Moro no pudo soportar tanta soledad, y una noche, cuando las luces peregrinas brotaban de las entrañas de las peñas, hacia el regazo de la noche a contemplar los altos rutilares, el solitario del Portezuelo conjuró a las salamandras que a esa hora, danzaban al compás del cencerro de la yegua madrina, sobre la fogata del llano, donde habían acampado los arrieros. Tembló su pulso en los momentos culminantes, cogió su poncho, su barjuleta y su bordón y partió, rengueando, loma abajo.

Desde el plan, ya cerca del camino, miró hacia el Portezuelo. Su rancho ardía como un *Carbunclò* monstruo que hubiera roto su concha encantada para vaciar su tesoro de luz, en una llamarada postreia.

El Meico Moro presintió que su vida se extinguía, y que algo de su alma iba desmoronándose para ascender luego en la simpa blanca de la humareda, aromatizada con la fragancia de las yerbas quemadas, de las raíces medicinales crepitando, de los unguentos milagrosos derretidos, de las limaduras de acero de la piedra imán transformadas en lágrimas de gules, del zumo de su cruz, de maqui bendita en siete iglesias, de las cenizas de la blanca calavera desdentada que sabía el secreto de los amores lejanos de su juventud, de las velas que ayudaron a «bien morir» una o más veces, de los grimorios grabados con su sangre de treinta años en la estampa borrosa de su Virgen de Montserrat...

El Meico Moro se sintió desfallecido. Dió media vuelta y caminó sin rumbo. En la noche, en ese llano de miedosa desolación, parecía un quisco sonámbulo arrancado de raíz, penetrando lentamente en el misterio de las sombras, como un silencio cansado, perdido, aterrado de su tremenda soledad, sediento de estrellas y de ganas de morir.

En Las Ñipas aullaban los perros, chispeando pavor sobre el ganado. Los ojos de los canes, anublados, fijos en un rincón de la noche, se llenaban de *fuego maldito* que tornaba a esa hora repechando a soplos y encendía sus fibras tenebrosas, penetraba hasta el fondo de las venas y ardía en la fiebre de la sangre agitada, que borbotaba en lastimero ulular frente al éxtasis rutilante de los astros...